

COMENTARIOS SUSCITADOS POR LAS TRES RESEÑAS ADJUNTAS DE SU LIBRO: *RAÍCES ECONÓMICAS DEL DETERIORO ECOLÓGICO Y SOCIAL. MÁS ALLÁ DE LOS DOGMAS**

José Manuel Naredo

Agradezco la iniciativa de la revista al elegir mi libro como centro de este bloque de reseñas. La amplia temática tratada en el libro se presta a diferentes lecturas. Al proponer el avance hacia una economía abierta y transdisciplinar, el libro no sólo va dirigido a economistas, sino a personas preocupadas por reflexionar sobre la interacción del universo monetario, propio de la economía ordinaria, con el medio físico y socio-institucional que lo envuelve, sabiendo que esa interacción alcanza dimensiones planetarias y condiciona el devenir de la civilización industrial, tan unida al universalismo capitalista imperante. Esta reflexión, al hurgar en ese elemento hoy tan capital de la ideología dominante que es la ideología económica, tiene evidentes ramificaciones filosóficas, políticas..., y antropológicas. La triple llamada a la comunidad científica de los economistas demandando comentarios para el libro ofrece puntos de interés, porque permite profundizar en aspectos de las corrientes de economía crítica que se hubieran diluido al llevar la reflexión hacia otras disciplinas, aunque también ésta se habría enriquecido con ello, llevando la discusión al contexto más amplio de la revista.¹

Una primera constatación es que la comunidad científica de los economistas no es monolítica, sino que alberga en su seno la disidencia o al menos ciertas dosis de librepensamiento. El hecho de que personas bien asentadas en el mundo académico de los economistas —como lo son los autores

de las tres reseñas adjuntas— saluden con interés un texto rupturista como el mío así lo evidencia. Es cierto que los tres autores no pertenecen a esa «ortodoxia económica dominante» que —según uno de ellos (Torres)— «se ha vuelto verdaderamente autista y tiende continuamente a despreciar y silenciar todo lo que signifique salirse del camino trazado por los paradigmas al uso». Tal vez ese autismo hizo que alguno de los representantes de esa ortodoxia declinara finalmente a hacer la reseña solicitada, avallando que cuando se discute desde fuera del paradigma en el que se desenvuelven, prefieren recurrir al silencio y esperar que pase el chaparrón, contribuyendo a que el libro se olvide, por muy juiciosas que fueran sus consideraciones.² Al neoscurantismo que se deriva de la actual Torre de Babel de las especialidades científicas se añade, así, el de la incomunicación que se observa entre las distintas corrientes que se albergan en el seno de estas especialidades. El horizonte de cambio se vislumbra, así, no tanto porque triunfe por sí sola la razón en el debate científico, sino porque el contexto social potencie este triunfo, al mostrarse favorable a la posible corriente impugnadora, haciéndola ganar peso y consiguiendo que, al fin, se haga oír y respetar.

Una segunda constatación es que el pensamiento económico que escapa a la ortodoxia dominante dista también mucho de ser monolítico, como evidencia el hecho de que los reseñantes aporten juicios y enfoques que denotan posiciones diferentes, alimentado con ello el interés de este bloque.

* Madrid, Siglo XXI Eds., 2006, 269 pp.

Pese a estas diferencias, me congratula ver que los tres reseñantes sitúan el libro en el contexto más amplio de mis publicaciones, que denotan conocer bien, pese a que muchas de ellas no sean accesibles desde los portales habituales de Internet, ni tampoco figuren en ninguna página Web personal, que no he materializado por pudor y falta de espíritu comercial. Me ha sorprendido muy favorablemente la síntesis de contexto que hace Torres, con quien además no había mantenido contacto personal, a diferencia de los otros dos reseñantes. También me parecen generalmente ajustadas las síntesis que hacen del libro, aunque necesariamente al subrayar ciertos aspectos soslayan otros que puedan parecer dignos de subrayarse.³ Pero más que dedicarme a completar o redundar en las síntesis, descripciones o pretensiones del libro, voy a dedicar mi espacio a las críticas u objeciones que plantea sobre todo uno de los reseñantes: Miren Etxezarreta.

El texto de Etxezarreta ha sido para mí una sorpresa. Conociendo su vehemencia, me encuentro en su texto con tan duras objeciones que denotan que, de alguna manera, la ha enfadado mi libro. ¿Cómo es posible que eso ocurra, cuando Etxezarreta promueve la «economía crítica» y milita desde sus inicios en la asociación que lleva ese nombre? Al analizar sus objeciones veo que comportan toda una serie de malentendidos y prejuicios que denotan que la incomunicación se produce también, lamentablemente, en el seno de la propia economía crítica. Trataré de iluminar esta cuestión importante, que había soslayado al hacer el libro. Cuestión que tiene que ver, a mi juicio, con que parte de esa economía crítica comulga con algunos de los paradigmas propios de la economía convencional o estándar y no alcanza a comprender, así, las reflexiones que desde fuera se plantean. Pero quizá la mejor manera de entrar en materia sea revisar primero las objeciones para concluir después sobre el tema.

Un primer punto, que al parecer molesta especialmente a Etxezarreta, es que según ella hago «una alabanza de ideas muy liberales» o «una especie de apología del liberalismo» y, además, me manifiesto «en contra del intervencionismo». Creía que, como confirma Santos en su reseña, había dejado bien claro en el libro que, a mi juicio, el problema del deterioro ecológico trasciende de la polémica entre más Estado o más mercado..., o entre marxismo y liberalismo, que ha venido ocupando la atención de los economistas. No sólo pongo ejemplos, como el de la Unión Soviética, que denotan que la intervención, e incluso la propiedad estatal, no son suficientes para evitar ese deterioro. Sino que subrayo que «la polémica liberalismo-intervencionismo distrae hoy la atención de la verdadera encrucijada del sistema económico y financiero internacional y de la posible formulación de alternativas razonables, esterilizando con ello los frutos de la protesta» (p. 104). Sobre todo cuando en ella el liberalismo monopoliza la idea de libertad dejando al otro lado un intervencionismo poco presentable y cuando suele pasar desapercibido que las mayores sobredosis de intervencionismo económico, e incluso militar, se operan hoy en el mundo bajo bandera liberal. Aclarar el confusiónismo reinante exige trascender esa polémica desigual y confusa en vez de seguirla atizando a base de hacer profesión de fe en uno u otro sentido. Máxime cuando la idea de libertad recortada al comercio, a la explotación y los negocios por parte de los *liberales*, hizo que ya en el siglo XIX se inventara el neologismo *libertario*⁴ para distinguir a quienes se posicionan a favor de una defensa más amplia de la misma. Aunque siento la aversión propia de muchas mentes libres a someterse a las etiquetas al uso,⁵ si me fuerzan diré que no es la de liberal la que mejor me cuadra, sino la de libertario. Quede claro, pues, que no adopto una posición ecléctica, ni rehuyo a

comprometerme en la polémica indicada, sino que trato de aclarar las cosas desde perspectivas más amplias.

Frente a la actual desregulación e intervención discrecional (a este país se le ayuda desde los organismos internacionales por ser fiel a USA y sus empresas transnacionales, y a este otro no...) propias del actual sistema monetario internacional, me resulta incomprensible que, a alguien crítico, le parezca mal que defienda en el libro «soluciones transparentes y consensuadas que mantengan al menos un equilibrio entre regulación y medios reglados de intervención: a más regulación se necesitaría menos intervención y viceversa». Y me sorprende que Etxezarreta se sorprenda de que yo diga que «el ejercicio de la libertad se facilita con el establecimiento de reglas de juego aplicables a todos, cuya inequívoca claridad permita a la vez reducir los conflictos y las arbitrariedades (y desigualdades) fruto del actual intervencionismo [refiriéndome sobre todo al del FMI]...». ⁶ ¿Acaso considera Etxezarreta mejor las soluciones oscuras y no consensuadas, que amplíen a la vez la desregulación y los medios discrecionales de intervención guiados en la sombra desde el poder?

Creo que sólo la incomprensión o la ofuscación le impiden también aceptar el interés de propuestas más radicales que muchas de las procedentes de «foros alternativos» (como la famosa «tasa Tobin») para desinflar o controlar la capacidad de creación de dinero, por el mero hecho de proceder de algunos adalides del liberalismo que defienden la regulación para evitar o reducir la intervención. La exigencia de mantener una reserva del 100 % de los depósitos bancarios o de aplicarlos sólo a determinadas inversiones de especial naturaleza o garantía (identificando como bancos limitados —*narrow banks*— a los que operen de esa manera) son propuestas de evidente interés para poner coto a la desregulación del actual sis-

tema monetario internacional y deben de ser consideradas cualquiera que sea su procedencia. ⁷ El problema estriba en que la incomunicación antes mencionada se acentúa cuando, desde determinados enfoques o tendencias, se llegan a demonizar ciertos autores y a canonizar otros, abrazando y vetando en bloque sus obras, en vez de invitar a enjuiciarlas libremente, separando el grano de la paja. Esta situación de incomunicación y de enfrentamiento viene espoleada porque, como apunto en el libro, «el actual sistema de poder sólo ha contribuido a divulgar hasta la saciedad declaraciones y publicaciones de economistas liberales que sirven para vender ciertos productos (desreguladores y privatizadores) que le interesan, pero no otros que le incomodan. Este juego mediático ha desviado las críticas de ese mal llamado movimiento “antiglobalización” hacia los demonios del “neoliberalismo” salvaguardando así al capitalismo de carne y hueso que los utiliza como señuelo» (p. 103). Pues el capitalismo no es el resultado de aplicar la utopía liberal, sino un sistema social fruto de una compleja evolución histórica y, como tal, ha utilizando con pragmatismo las ideas más variadas e, incluso, contrapuestas —liberales y autoritarias, reguladoras e intervencionistas, etc., según se acomodaban mejor a sus intereses en cada momento. Insisto que aclarar las cosas exige no confundir liberal con libertario ni, como hace Etxezarreta, liberalismo con *statu quo*, sino denunciar la confusión que genera el hecho de que el superintervencionismo reinante en el mundo opere hoy bajo disfraces liberales... o de que haya guerras y destrucciones masivas que se presentan con envolturas «humanitarias» y de «defensa de los derechos humanos».

Otro aspecto en el que hacen presa las críticas de Etxezarreta es el que me atribuye «ignorar la importancia de la propiedad y la distribución»; reprobando que «ni si-

quiera mencione que una situación de “no crecimiento” obliga inevitablemente a plantearse el tema de la redistribución de la riqueza mundial»; e incluso me llegue a imputar mi «aceptación en toda regla del *statu quo* respecto a la propiedad y la distribución de la riqueza social», insistiendo además en ello. A la vez que dice que presento «a la sociedad como un conjunto homogéneo de seres sin diferencias de poder». Me dejan de piedra estas apreciaciones, porque francamente no pensaba que el libro, ni ninguna de mis numerosas publicaciones, dieran pie a ellas. Además, su interpretación de que hago una «defensa del *statu quo*» contradice la de otras muchas personas que valoran el libro por todo lo contrario: justo en el momento mismo de escribir estas líneas acabo de recibir la felicitación de un lector que concluye afirmando que «es para mí una alegría ver que sigue habiendo un hilo conductor para “otras” maneras de ver y pensar el mundo, al margen de todos los “statu quo” sociales, políticos y económicos». Además hay párrafos concretos del libro que contradicen las apreciaciones de Etxezarreta. Sin ánimo de exhaustividad voy a referirme a algunos.

No cabe decir que ignoro el tema de la propiedad ni las relaciones de poder cuando en la síntesis que hago de las reglas del juego económico imperante a corregir, afirmo que «[...] la polarización social y territorial se ve hoy acentuada por convenciones sociales y acuerdos institucionales dignos de mención. El primero de ellos es el respaldo legal y la aceptación social de derechos de propiedad desigualmente repartidos entre unos ciudadanos que, paradójicamente, acostumbran a definirse iguales en derechos. Con lo cual el juego económico aparece ya sesgado en su origen a favor de unos *afortunados*, frente a una mayoría de *desfavorecidos* [...] El segundo es el respaldo legal y la aceptación social de relaciones laborales *dependientes* a las que se somete la mayoría de la población: el sim-

ple pago de un salario otorga a los *afortunados* el derecho a *mandar* y obliga a los *desfavorecidos* a *obedecer*. Además, las relaciones de poder desequilibradas presentes en los contratos de trabajo se extienden y refuerzan hoy, sobre todo, a través de las cadenas de mando de esas organizaciones jerárquicas y centralizadas que son las empresas capitalistas. En tercer lugar, las normas que rigen hoy esa convención social que es el dinero amplifican notablemente esa polarización social y territorial...» (pp. 68-69). Y entre mis propuestas finales figuran las de «reorientar las formas de propiedad, de valoración mercantil, de útiles financieros, de relación laboral y de protección social» (p. 229). Incluso el cuadro de síntesis que aparece en esa misma página incluye mi propuesta de «revisar la actual teoría de la propiedad...».

Y en lo que concierne a la distribución, por ejemplo, en la página 7 suscribo unos bellos párrafos de J.S. Mill (1848) en los que, tras decir «no veo que haya motivo para congratularse de que personas que son más ricas de lo que nadie necesita ser hayan doblado sus medios de consumir cosas que producen poco o ningún placer, salvo como representativos de riqueza...», concluye que «[...] lo que se necesita desde un punto de vista económico es una mejor distribución», con ánimo de apuntar que la situación actual revaloriza esta apreciación. Todo lo tocante a la por mí denominada «Regla de notario» y a la aplicación de la metáfora «depredador-presa» tiene que ver con el tema de la desigual distribución y con relaciones de poder que acrecientan la polarización social. Cuando la referencia a esta polarización es una constante en todo el libro, no entiendo cómo Etxezarreta puede decir que «presenta a la sociedad como un conjunto homogéneo de seres sin diferencias de poder». En el capítulo sobre la mitología del trabajo, además de criticar la teoría neoclásica de la distribución y señalar por qué se encuentra científicamente

superada, me decanto a favor de «paliar, tanto las flagrantes desigualdades actuales —corrigiendo la creciente asimetría observada entre la retribución y la penosidad del trabajo [reflejada en la “Regla del notario”]— como la actual dicotomía entre el paro y el trabajo compulsivo»..., además de proponer medidas orientadas a «reducir el trabajo penoso y dependiente, a favor de actividades económicas más gratificantes y libremente guiadas por afanes de creatividad e intercambio solidario...».

¿Cómo es posible que Etxezarreta afirme, en contra de toda evidencia, que acepto el *statu quo* de la propiedad y la distribución, que ignoro su importancia, que no hablo de redistribución o que considero la sociedad como un conjunto homogéneo de seres...? Con independencia de que en el fragor de la crítica Etxezarreta desbarre, interpreto que tiene algunas razones subyacentes para hacerlo. La principal es que la crítica económica, mayoritariamente practicada desde el marxismo, se centra en el empeño de mejorar la mala distribución de los ingresos y de socializar la propiedad de los «medios de producción», como panaceas capaces de resolver, mediante el «desarrollo de las fuerzas productivas» tanto los problemas sociales, como los ecológicos (interpretando estos últimos como un problema de distribución o «racionamiento» de los recursos naturales, como hace Harich [1975] en el libro al que Etxezarreta dice que no hago referencia). Y siendo *distribución y propiedad* la piedra angular de este discurso crítico habitual, a Etxezarreta le saben a poco mis referencias al tema. Además de molestarle que ponga en duda que la mera corrección de éstas vaya a arreglar los problemas ecológicos actuales y afirme la necesidad de instalar «reglas del juego» que incentiven la conservación ya sea con propiedad pública o privada.

Porque mi preocupación no es tanto discutir la distribución o la propiedad «de la

tarta», como la naturaleza de la propia «tarta» y la noción de sistema económico que la define, que estas críticas acostumbran a soslayar. Considero que no sólo hay que discutir la distribución de «la riqueza social» de la que habla Etxezarreta, sino la propia noción usual de *riqueza*. Trato de trascender, así, la —cada vez más carente de contenido— *metáfora de la producción* y la *mitología del desarrollo* que reposa sobre ella y de formular metáforas alternativas que ofrecen versiones y percepciones diferentes de la realidad económica, que subrayan precisamente situaciones de polarización y de dominio que soslayaban los enfoques económicos ordinarios y dedico a estos aspectos buena parte del libro.⁸

No es un secreto para nadie que el marxismo utiliza, en lo económico, las mismas categorías de *producción y desarrollo* de la economía política, con lo que adopta la misma ideología del progreso económico de esta última. Como no podemos detenernos aquí en enjuiciar las elaboraciones económicas de Marx y del marxismo,⁹ con sus diferentes aspectos y matices,¹⁰ me permitiré hacer un simple recordatorio: que tanto Marx, como sobre todo el marxismo, hicieron las veces de caballo de Troya de la ideología económica dominante, al divulgar en el seno del movimiento crítico al capitalismo la metáfora de la *producción* y la mitología del *desarrollo económico*, sobre las que se articula la noción usual de sistema económico. Y al mantener el mismo afán «desarrollista»¹¹ y la misma idea de *sistema económico*, con su carrusel de la producción y del consumo, se incapacitó a este movimiento para idear verdaderas alternativas.

Tal vez porque Etxezarreta no quiere ver que oriento mi crítica hacia esa noción usual de *sistema económico* que comparten tanto la economía estándar como el marxismo, en vez de orientarla sólo en criticar el sistema económico capitalista, pueda decir que encuentra en el libro «una fuerte reticencia

a penetrar en el fondo del sistema [capitalista]» añadido yo, para que tal afirmación pueda tener algo de sentido... Es falso que la palabra beneficio aparezca solo «una o dos veces en el texto»: aparece 28 y varias veces la palabra lucro u otras análogas. Como también lo es que no mencione «la palabra especulación» cuando, entre otras cosas, concluyo que la actual burbuja inmobiliaria ha tenido el desastroso efecto de «extender el virus de la especulación por todo el cuerpo social» (p. 253). Y desde luego, resulta totalmente falso que no haga «ni una sola referencia a la concentración y acumulación de capital», cuando llego incluso a postular que «nos encontramos en una tercera fase de acumulación capitalista, todavía escasamente analizada»: tras la «acumulación primitiva» de capital «cobró fuerza la acumulación propiamente capitalista, analizada por Marx y otros autores, basada en las “plusvalías” obtenidas de la producción y venta de mercancías. Sin embargo ahora asistimos a una tercera ola de acumulación de capital realizada por un reducido grupo de enormes empresas transnacionales a base de crear dinero por el procedimiento antes mencionado, para comerciar con el patrimonio vinculado al capitalismo tradicional y al desmantelamiento del sector público. La idea de que el juego económico apunta siempre a la *producción* de riquezas sirve para ocultar la vertiente predominantemente *adquisitiva* del mismo... que lejos de ser algo “primitivo” u “originario” en la historia del capitalismo, sigue estando a la orden del día...» (p. 205).

Lamento que, pasados veinte años de la primera edición de mi libro *La economía en evolución* (1987) en el que planteaba ya estos temas, la pobre «economía crítica» siga sin asumirlos de forma generalizada, como atestigua el texto de Etxezarreta que, sintomáticamente, no menciona el interés de desmontar y replantear las metáforas y mitologías encubridoras ya indicadas que

constituyen, insisto, el núcleo duro de la ideología (económica) dominante. Estamos en presencia, una vez más, de esa «trágica perpetuación de malentendidos y creencias que la razón no consigue desterrar...» (p. 113) ni siquiera dentro de la llamada «economía crítica», lo que facilita que los dogmas de la ideología económica dominante sigan gozando de buena salud.¹²

Quiero añadir otras razones que pudieran dar pie a algunas de las críticas que Etxezarreta me imputa, como la presunción de que concedo «una importancia muy subordinada a lo social», o que «los aspectos políticos, institucionales y sociales reciben un tratamiento muy somero, si alguno». Sobre todo cuando Torres también apunta que «quizá se echa en falta... algo sobre... la interconexión entre la actividad económica y la generación de los valores y vectores éticos, de los que en última instancia van a nacer las preferencias y, por tanto las conductas legitimadoras o rebeldes de los seres humanos)... o que «quizá hubiera que considerar [más] el papel de la ética, del poder y de los valores subjetivos en la actividad económica». He de confesar que tengo en elaboración desde hace años un libro que revisa y replantea las actuales ideas de individuo, de sociedad y de sistema político, que —junto con la de sistema económico— configuran la ideología hoy hegemónica en el mundo que ampara las actuales relaciones de dominación, cuyos materiales¹³ no he querido incluir en el libro objeto de los presentes comentarios, al considerar que éste tenía ya entidad propia y que no era conveniente engordarlo y bifurcarlo demasiado. Ello quizá justifique la percepción de que estos temas éticos, políticos y socio-institucionales, en los que el poder y la propiedad ocupan un lugar importante, deberían, y sin duda podrían, haberse tratado más a fondo en el libro que hora nos ocupa, pero eso no quiere decir que se haga abstracción de ellos.

NOTAS

1. Mis preocupaciones por la filosofía de la ciencia me llevaron a contactar hace tiempo con el director de esta revista, Fernando Quesada, y con otros miembros del Instituto de Filosofía del CSIC, al igual que mis andanzas intelectuales explican mis contactos con investigadores de otros institutos del Consejo y de diversas facultades y departamentos universitarios.

2. Afortunadamente, en este caso el libro se ha defendido por sí mismo: ya agotada la primera edición, está en prensa la segunda.

3. También me identifico mucho con la obligadamente escueta reseña que hizo del libro Federico Aguilera en el *Boletín Bibliográfico* de la Universidad Complutense, que puede encontrarse en: <http://www.madrimasd.org/cienciaysociedad/resenas/ensayos/resena.asp?id=244>

4. Creado por Joseph Déjacque (Nueva Orleans, 1857) en una crítica a las posturas machistas de Proudhon. Véase Pelosse, V. (1972) «Joseph Déjacque et la création du néologisme "libertaire" (1857)», *Cahiers de l'I.S.E.A.*, Série S «Economies et Sociétés», n.º 15, Socialisme, Science et Éthique, pp. 2.313-2.349. En ese mismo Cuaderno se publica el texto completo de Déjacque, «De l'être humain mâle et femelle. Lettre a P.J. Proudhon», pp. 2.351-2.368.

5. No sé por qué, recuerdo las palabras de Chéjov cuando, forzado a posicionarse, decía en su carta a A.N. Plescheyev: «no soy liberal, ni conservador, ni gradualista, ni anacoreta, ni indiferentista...».

6. En el libro pongo como ejemplo del establecimiento de redes, instituciones y criterios claros y transparentes orientados a regular y facilitar el ejercicio de la libertad, la aplicación, tras la Revolución Francesa, del sistema métrico decimal, para unificar el sinnúmero de unidades de medida y el enjambre de jurados que certificaban su validez, que eran asilo de discrecionalidad, corrupción y continuos pleitos.

7. Estas propuestas han sido apoyadas desde las filas de la economía ecológica por autores tan representativos como Herman Daly, en algunos de los trabajos referenciados en mi libro objeto de estos comentarios.

8. Cuando aplico nuevas metáforas, enfoques y palabras para llevar más allá de lo que permiten los análisis al uso, la elaboración de críticas y alternativas al panorama actual, las percepciones de Etzezarreta de que trato de dar «cal pero también bastante arena», de que «hay territorios en los que rehúso entrar», dando la impresión de que trato de ajustar mi discurso a los límites de «lo políticamente correcto», me hacen dudar seriamente de que haya captado de verdad la profundidad del mismo: creo que Etzezarreta confunde la sutileza y el matiz de la redacción con «lo políticamente correcto».

9. Hay que diferenciar entre la obra de Marx, que trasciende ampliamente el campo de lo económico, y la versión sacralizada de la misma, más centrada en este campo. La frase de Marx «yo no soy marxista» señalando su afán de distanciarse de los primeros conatos de sacralización, invita a matizar este proceso analizado en el texto de Maximicen Rubel «La légende de Marx au Engels fondateur» (incluido en el mismo n.º de *Cahiers de l'ISEA*, antes citado, con los textos de Déjacque y de Pelosse, por lo que resulta doblemente interesante); en el mismo sentido fue la carta del viejo Marx a la populista rusa Vera Zatulich.

10. Como en otra ocasión lo hice: véase Naredo, J.M. (2003, 3.ª ed. actualizada) *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid, Siglo XXI eds., cap. 12: «Las elaboraciones económicas del marxismo» pp. 147-181. En este capítulo se documenta, entre otras cosas, el rechazo explícito de Marx y Engels al segundo principio de la termodinámica y cómo, cien años después, la ortodoxia marxista seguía manteniendo la misma postura para preservar la fe en el progreso indefinido ligado al «desarrollo de las fuerzas» productivas, a base de ignorar la vertiente destructiva de dicho desarrollo.

11. El carácter «productivista» del marxismo tradicional y su incompatibilidad con la conservación del planeta fue vista y denunciada por algunos autores marxistas que captaron la trascendencia de este desafío, siendo marginados por la corriente principal (véase

por ejemplo, Martínez Alier, J. y J.M. Naredo (1982) «A marxist precursor of energy economics: Podolinski», *The Journal of Peasant Studies*, vol. 9, n.º 2, enero; o la versión previa en castellano titulada «La noción de fuerzas productivas y la cuestión de la energía», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 63-66, mayo-diciembre, 1979).

12. Precisamente, respondiendo al subtítulo del libro *Más allá de los dogmas* destino la Se-

gunda parte del mismo a reflexionar «Sobre la persistencia de los dogmas».

13. Un anticipo de estos materiales en curso vio la luz como amplia monografía publicada bajo el título «Bases sociopolíticas para una ética ecológica y solidaria», en el libro colectivo *La globalización de los derechos humanos*, Madrid, Talasa, 2004, pp. 206-227, derivado de las IV Jornadas Internacionales de Derechos Humanos, Sevilla, 2003.